



PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid..... 4 rs. al mes.
 En provincias. ... 5 id.
 En el extranjero y
 Ultramar..... 6 id.

Número suelto **Un real.**

DIRECTOR PROPIETARIO

TOMAS DE ASEÑSI.

SE PUBLICA LOS DIAS 7, 15, 23 Y 30.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico y en las principales librerías de España.

Anuncios á precios convencionales.

ESPÍRITU DE LA CIENCIA.

(Continuacion.)

El estudio de los fenómenos que presentan los cuerpos, cuando en nada cambia su estado, constituye la física, que da á conocer las causas de multitud de hechos debidos á las propiedades de los cuerpos bajo la accion de agentes que, obrando ante nuestros ojos á todos los instantes, no podríamos darnos cuenta de ellos sin el auxilio de esta ciencia. Ella nos dice por qué los cuerpos pueden presentarse bajo estados diferentes, como el agua, á consecuencia de las ocultas fuerzas de agentes, como el calor, por qué los globos se remontan á la inquieta region de los vientos, y la manera de conducirlos por ella; por qué las naves, obedeciendo á la ley de las presiones, flotan y son capaces de trasportar cargas inmensas; por qué el telégrafo trasmite nuestra palabra con la rapidez del rayo; por qué el vapor, con una velocidad poco inferior; lanza sobre los caminos de hierro inmensas masas, y da á las fábricas medios de ofrecer á los pueblos los ricos artículos de que han

menester; por qué la luz presenta á la mirada portentos tan singulares como los que ofrece ese sutil agente que nos hace visibles todos los objetos, y da al admirable arte de la fotografía los incomparables pinceles que retratan cuanto cruza el foco de una lente; por qué virtud se producen los fenómenos de la aguja imantada; por qué, para resumir, la naturaleza tributa riego á nuestros campos, lanza la borrasca sobre los mares y tierra, ofrece el imponente espectáculo que saluda el trueno, y tiene en sí los gérmenes más que suficientes para producir efectos que arrancan nuestra admiracion y nuestro espanto en incansable alternativa. Aparece luego la química buscando su asiento en el cambio de estado ó naturaleza íntima de los cuerpos, para examinar con su curioso análisis, la materia, y deducir si es simple ó compuesta: por ella descúbrese la heterogeneidad de átomos que pudieran pasar por homogéneos constituyendo en su conjunto un cuerpo; por la química se somete la materia á acciones y reacciones que, aumentando las cohesiones y afinidades, las repulsiones y las endósmoses, dan por resultado separar y reconocer elementos primitivos y combinarlos hasta ofrecer una variedad infinita de compuestos, tributo de las artes, la industria y la medicina, que puede, con su

auxilio, llegar á sacar al hombre de los yertos brazos de la muerte. Es la química la que hizo conocer los principios constitutivos de ese precioso líquido cuya grandiosa utilidad es solo comparable á su abundancia, que nos hace despreciarla; es la química la que da la proporcion en que el nitrógeno y el oxígeno con el infinitesimal auxilio del carbono, producen el aire indispensable á la vida; es la química, en fin, la que aprovecha un sin número de sustancias sacadas de un corto número de otras simples, para atender á las mil necesidades de la indigente humanidad.

Tal es el vasto imperio de la ciencia, cuyas otras ramas, muchas en número, se desprenden todas de las que acabamos de considerar, y en cuya enumeracion no entraremos, por lo tanto, ni es necesario tampoco para comprender que al soplo de la ciencia el mundo se regenera: levántanse puentes, ábreanse canales que llevan la fecundidad á secas comarca; créanse puertos; rómpense las rocas facilitando entrada á inhospitalarias playas; perforanse montes; aplanáanse colinas; constrúyense estrechos; álzase magestuosos templos; edifficáanse suntuosos palacios; fúndanse y desenvuélvense ciudades, y, para sintetizar, la ciencia disputa á la naturaleza la perfeccion de sus obras, y á las entrañas de la tierra la posesion de sus secretos y tesoros. Ved las naves dominando con sus ligeras lonas y giratorias hélices el rudo poder de Eolo: mirad los edificios con sus metálicas puntas, rechazando el furor de Júpiter; contemplar los diques imponiendo condiciones á los mares; observar los faros rompiendo las tinieblas que borran el puerto, y en una palabra, hé ahí al hombre abriéndose por do quiera paso contra los obstáculos del orbe, que, atónito ante la audacia del pigmeo, le deja hacer á despecho de sus leyes, sin querer en su admiracion, ó sin poder, en su respeto, resistir el empuje de su génio. Ya son débiles las barreras de la naturaleza para encerrar la volcánica chispa que guía al hombre en su carrera; ya los desiertos truécanse en ciudades; en jardines los páramos, en fuentes las rocas; en paseos los viajes. Ya se trasmite el pensamiento por el fondo de los mares; ya se atraviesan los eternos hielos para visitar el polo; ya con el pié en la tierra la mente humana lleva el análisis y las conquistas á los espacios planetarios. Mas ¿quién es ó qué es el generoso guía del hombre que á veces se presenta grande, cuando alumbrado por las centellas de su intelectualidad erígese en rey de la creacion, y otras parece misero gusano, con más debilidades y necesidades que ningun otro sér, cuando se le considera físicamente? La ciencia, solo la ciencia: esa especie de deidad reveladora á quien todos debíamos rendir culto y consagrarla todo nuestro tiempo, pues que no hay gloria más brillante para el hombre que darse á un estudio que tanto le eleva. Veamos ahora los esfuerzos hechos en todos los tiempos y en todos los países en favor de la ciencia, para poder comprender cuán grande es el desarrollo á que ha llegado en nuestros días, y tributar así un recuerdo á los ilustres varones que la han cultivado dejando en ella su nombre, única recompensa digna de sus nobles afanes y vigiliias.

Las nociones más elementales de las matemáticas, debieron haber nacido con las primeras relaciones sociales, porque el mecanismo de la numeracion es indispensable al trato, al comercio y á las necesidades mismas de la vida doméstica. Por más que el origen de la *aritmética* yazga, pues, en la sombra de los siglos, es indudable que debió empezar con los pueblos, adoptando unánimemente el sistema décuplo, ó sea el que tiene 10 por base, eleccion que habrá decidido quizás la configuracion de nuestra mano, cuyos dedos en igual número, son en general el primer recursos á que apelamos para nuestras cuentas cuando niños. Mas en cuanto á la manera de representar los números, ya no hubo la misma conformidad, pues en tanto que los hebreos, caldeos y sirios expresaban los números con letras, así como tambien todos los pueblos del Oriente, sin excluir la Grecia, añadian los romanos algunos otros signos que complicaban en lugar de simplificar. Los árabes fueron los que, tomando la idea de los indos, consiguieron difundir, desde fines del siglo X, una numeracion escrita sencilla, que es la nuestra. Por lo demás cualquiera que fuese el sistema de numeracion escrita entre los griegos y romanos, debia existir sin la menor duda, no solo porque, si es natural expresar por la palabra, no lo es ménos representar por el símbolo, allí donde conocian la escritura y habian llegado á una sorprendente altura en la literatura y las artes; sino porque sus mismas relaciones les imponian este adelanto como una necesidad perentoria. Además, así parece desprenderse de los escritos del célebre filósofo Boecio, que florecia en el siglo V, quien es de presumir que lo hubiera aprendido de la escuela pitagórica. Hay en contra de este aserto la autoridad del gran Arquímedes que, siendo uno de los más sábios matemáticos de su siglo, si no el primero, en su tratado *De número arenæ*, en el cual demuestra ya conocimiento de las progresiones, no usa, sin embargo, un sistema de numeracion en armonia con el nuestro. De todo esto debe deducirse que conocidas de muy antiguo las cuatro operaciones fundamentales y algunas de sus combinaciones más ó ménos mediatas, el gran desarrollo de esta primera parte de la ciencia corresponde á los tiempos modernos. A Regiomontan, ó por lo ménos á los venecianos, somos deudores del cálculo decimal; al doctor Wallis de las aplicaciones de las progresiones, y á Juan Neper de su utilidad práctica, merced á los profundos estudios sobre este punto que revela su *Canon mirificus*, publicado en 1614. Briggs, por encargo de Neper, construyó las primeras tablas de logaritmos usuales ó vulgares, por medio de los cuales la ciencia avanza rápida y magestuosamente. A partir de este momento, mil propiedades de los números y otras tantas aplicaciones descúbrense casi simultáneamente en Francia y otros países, llegando la parte más elemental del cálculo á la admirable altura de que son testigo nuestros tiempos.

Si de la aritmética pasamos al *álgebra*, tenemos que salvar una gran distancia en la cadena de los siglos, porque fueron necesarios algunos para generalizar las vulgares nociones de los números y dar origen á este

nuevo ramo, cuyo nacimiento es muy moderno, relativamente á la primera. Diofanto de Alejandría, que apareció en el siglo IV de la era cristiana, es el primer autor conocido de un tratado de álgebra, si tal nombre merece una colección de trece libros, de los cuales solo seis han llegado hasta nosotros, en donde no se halla más que un gran número de cuestiones ó problemas, muchos bastante difíciles, sobre los cuadrados, cubos y otras propiedades de los números. Ellos demuestran grandes conocimientos acerca de la resolución de las ecuaciones de primero y segundo grado y vastas nociones de análisis indeterminado, pero no encierra la colección ordenada y progresiva de esos principios elementales que constituyen cuerpo de doctrina, el tratado propiamente dicho, de cuyas teorías los problemas no son otra cosa que ejercicios de reglas ó aplicaciones á casos determinados. La obra de Diofanto fué, sin embargo, el tema obligado de los sabios que le siguieron, entre los cuales tuvo muchos comentadores. Merece particular mención la ilustre Hipatia, hija del filósofo Teon, que haciéndose superior á las vulgaridades de su tiempo, fué cobardemente asesinada en un tumulto del pueblo, so pretexto de que con su magia, que así llaman los necios á la ciencia que no comprenden, mantenía vivas las desavenencias entre San Cirilo, patriarca de Alejandría y el gobernador Orestes. Siguióle algún tiempo después Leonardo Eulero, que, en sus *Elementos de álgebra*, aprovecha y extiende los conocimientos de Diofanto, si bien adelantándole poco en el lenguaje simbólico, á cuyo favor debía esta ciencia dar agigantados pasos. Unos 800 años después de Jesucristo, el árabe Mohammed Ben Musa, publicó también un tratado, abrazando por completo la resolución de las ecuaciones de segundo grado, lo que hace sospechar, ó que los árabes habían tomado sus conocimientos de los griegos ó indos, ó que el álgebra haya podido tener origen entre ellos, si bien consta que en la India el conocimiento del álgebra existía en tiempos remotos, como lo prueban dos tratados: uno debido á Bhascara Achara y el otro á Brahme Gupta, que florecieron respectivamente en el II y VII siglo de nuestra era. A pesar de estos monumentos, preciso es reconocer que, aun cuando los árabes no pusieron los cimientos del álgebra, la cultivaron mucho y suya es la misma etimología del nombre, pues llamaronla *el djaber, el mogabelan*, es decir la ciencia de las restauraciones ó *restablecimientos*, por efecto de las trasposiciones que se hacen de un miembro á otro de una ecuación, previo el cambio de signo ó acepción cualitativa. Posible es que en Occidente no haya aparecido el álgebra hasta mediados del siglo XV, en que nos la dio á conocer Leonardo de Pisa, Fibonacci, que regresó de entre los árabes, pues llevado del deseo de instruirse hizo un viaje á Oriente, depositario por entonces de la ciencia. Sin embargo, es lo cierto que hasta 1494 no se halla una obra completa de álgebra. A esta fecha corresponde la de Lucas del Búrgo titulada *Suma*, en la cual el álgebra, llamada por él *Tratado de arte mayor*, comprende todos los principios hasta las ecuaciones de segundo grado. Difundieronse estos conocimientos en Italia, y

no tardó el bolonés Escipion Ferreo en trabajar sobre las ecuaciones de tercer grado, que consiguió resolver en algunos casos particulares, adelante que comunicó á su discípulo Florido. Sucedió entonces que creyéndose éste superior á los matemáticos de su tiempo, sin excluir el célebre Tartaglia (tartamudo), propuso algunos problemas que no solo resolvió éste, sino que consiguió hallar en medio de sus desvelos, un método general de resolución, con lo cual logró confundir y vencer á su competidor. Desgraciadamente para Tartaglia, su triunfo ocasionóle amargos desengaños pronto, porque habiendo tenido la imprevisión de confiar demasiado en la lealtad de Gerónimo Cardano, comunicóle su secreto bajo juramento de reserva, y vióse á poco traicionado por su amigo, el cual, apropiándose la gloria, publicó en 1545 un tratado *De arte magno*, en que daba á conocer como suyo, el descubrimiento conseguido por las vigilias de Tartaglia. En vano quejóse este de tamaña felonía, porque su reclamación no tuvo otro éxito que avivar los odios y dar lugar á una acalorada competencia con Cardano, causa tal vez de la prematura muerte del ilustre tartamudo en 1557. Desembarazado aquel, cuyo talento era sin duda alguna muy grande, de su rival, continuó sus distinguidos trabajos é investigaciones, contribuyendo eficazmente á que su discípulo y conciudadano Ferrari lograra resolver algunos problemas de cuarto grado. En 1589, Rafael Bombelli coleccionando, ordenando y aumentando estos conocimientos, pudo ya dar á luz un tratado de álgebra bastante completo. Quedaba en pie todavía un gran obstáculo al rápido desarrollo de este hermoso ramo del análisis, y era lo complicado del lenguaje algébrico. Es verdad que Rudolph, algebrista alemán, había introducido los signos $+$, $-$ y $\sqrt{\quad}$, en el año de 1522, lo cual era un paso hácia el objeto; cierto es también que su compatriota Stifel, en su *Aritmética integra* publicada en 1544 en Nuremberg, así como el francés Pelletier en 1558, representaban ya las incógnitas por mayúsculas y las potencias por esponentes, llegando, en fin, el geómetra inglés Record á introducir en 1552 el signo igual ($=$); pero restaba aún mucho que hacer, puesto que no se había todavía pensado en dar á estas letras la representación de cantidades indeterminadas, susceptibles por tanto de toda generalidad y abstracción, creando así ese universal y admirable lenguaje del álgebra. Fué Adriano Romano de Louvain quien tuvo esta feliz idea; mas, como sucede casi siempre por lo difícil sino imposible de llegar de un paso á la perfección, iluminado por el primer destello, dejó la gloria de alcanzar tan alto triunfo á Francisco Vieta, á quien, con razón, consideran los franceses sus compatriotas como creador del álgebra moderna. El consiguió dar á las expresiones y fórmulas todas esas transformaciones que tanto abrevian los cálculos, y que preparó de este modo el vuelo de la ciencia. Los que le siguieron no hicieron otra cosa que continuar sus nobles esfuerzos y llegar, podríamos decir guiados por su espíritu, á los principios de resolución general de ecuaciones, á la aplicación del álgebra á la geometría y al estudio de las más bellas propiedades de las curvas. Así se com-

prende cómo durante los tres últimos siglos, merced á los esfuerzos de los ilustres Oughtred, Gerard, Huygens, Harriot, Wallis, Descartes, Neper, Galileo, Kepler, Newton, Leibnitz, Bernoulli, Sterling, Pascal, Moivre, Maclaurin, Mecio, Euler, Lagrange, Legendre, Laplace, Cramer, Lamber y Geronne, entre otros, el álgebra ha llegado al brillante estado que la poseemos.

(Se continuará).

GENARO SUAREZ.

AMANTE, INCONFESO Y MÁRTIR.

I.

Acababa yo de cumplir veinte años.

Tenia concluidos los estudios de una facultad, y á la satisfaccion de terminar mi carrera debia unir la de hallarme en la edad más risueña de la vida.

No era así, sin embargo.

Educado en la soledad, sin otra atmósfera que la cátedra y la biblioteca; relativamente rico de ciencia y erudicion, y nutrido en las abstracciones de la filosofía, guardaba en mi pecho un corazon virgen que, por extraña paradoja, había latido por todo lo ideal, y no conocia ni un sentimiento de la existencia práctica.

Nuevo Matusalen del *Diablo Mundo* antes de convertirse en el Adam del siglo, yo era un jóven hábil sin la experiencia del viejo.

Había anatomizado á Dios, y nada de particular tenía que anatomizara á todos los seres.

No me faltaba talento ni imaginacion: hubiera podido ser un sábio ó un artista, pero hube de quedarme contento con ser necio y vulgar.

La metafísica me había mostrado que la luz radicaba solo en el Ente Infinito, y la ética me dictaba que todo lo humano era polvo, miseria humo y nada.

Mis compañeros ostentaban rubicundo semblante de salud y alegría. Y la mayor parte de las gentes me preguntaban á mí:

—¿Qué tienes?

Como si yo tuviera algo. Mi mal consistia en no tener nada en el alma, á no ser verdades desconsoladoras, principios venenosos de una filosofía escéptica.

En resumen: yo era un tonto de capirote.

II.

En tal estado patológico que hace recordar aquello de Espronceda:

aquí para vivir en santa calma
ó sobra la materia ó sobra el alma.

ví, oh desdicha! una mujer.

Ya no me acuerdo como se llamaba; pero me acuerdo, sí, que era una mujer sin par, porque he visto mu-

jeros de todos los caractéres, países y razas, y no la he visto como aquella.

La casualidad nos hizo amigos, y lo primero que nos ocupó fué el estudiar mutuamente nuestras fisonomías.

Yo le decia á ella:

—Adivino la virtud en tus colores, la esperanza en tu sonrisa, en tus pupilas la fiebre.

Ella me decia á mí:

—Leo la duda en tus labios, el dolor en tus ojos, en tu frente el orgullo.

Ambos teníamos razon.

Cuando aquella *nina* hablaba, yo veía horizontes de rosa, cielos de oro, un piélago de venturas sin límite y sin fin.

Yo, el alumno sobresaliente de los colegios, me encontraba avergonzado ante una criatura radiante de belleza y de inspiracion, que me describía mundos jamás conocidos.

La admiré.

Creció la confianza, y gracias á ella, me cabía la suerte de arrojar sobre sus sueños de dicha el manto de hielo de mi razon.

Nunca me trató con desvío. Fruncía sus hermosas cejas, y en una ocasion me dijo:

—Tu criterio es inexorable. No debes sentir ni padecer.

Al oir esto, se obró en mí una reaccion tan fuerte, que cojiendo una de sus manos la apliqué á mi pecho, para que ella comprendiese que yo sentía y padecía algo.

Me miró, se sonrió, y repuso casi á mi oido:

—¿De veras?

III.

¡Qué noche, Dios mio, qué noche siguió á aquel día! Me golpeaba el pecho como San Gerónimo, enamorado (yo, no el santo) de una criatura de la tierra.

Hoy comprendo que era un ángel, y bajo tal punto de vista, se disculpaba la pasion del metafísico. Pero como entonces me había entrado el amor por los ojos, yo, moralista de la escuela de Cócina, no podía transigir con un afecto ruin, miserable, indigno de la hechura de Dios.

Acostumbrado como estaba á ahogar en mí todos los movimientos del alma, hice el voto de sofocar mi amor, aunque en ello me fuera la misma vida.

Cuando nos volvimos á ver, ella estaba pálida y melancólica, ni más ni menos que yo.

—¿Quieres confiarme tus penas?—le pregunté con inmenso afán.

—Son infinitas,—me contestó.

Sentí por aquella mujer una ternura inefable; pero al instante el frio axioma de la filosofía dominó en mi mente, y murmuré con voz sorda:

—Solo Dios es infinito.

Ella se irguió con altivez, y entre el despecho y el dolor, prorumpió con acento firme:

—Tengo más fé que tú, y veo que no tienes corazon.

IV.

Saber dudar es el principio de la sabiduría, dijo Descartes.

De lo que yo no tenía duda, era de que amaba como un loco. Pero dudaba que me amasen, y sobre todo que el amor fuese perdurable, en lo cual no iba descaminado.

Luchando horriblemente en mi espíritu llegué á llorar

Mi primera lágrima no fué el rocío que vivifica, fué el plomo que escalda; así es que en vez de dar vida al corazón, lo secó.

El por qué es sencillo: era lágrima de la ciencia, no del sentimiento.

Torné á ver á mi amada, y oí de sus labios una cariñosa pregunta:

—Tienes los ojos enrojecidos... ¿Por qué has llorado?

Debí arrojarme á sus piés y confesarle mi pasión. Esto lo pienso hoy. Entonces, orgulloso como nunca, contesté:

—No he llorado.

Aquella mentira me valió un infierno.

—No somos dignos el uno del otro. Yo no sé nada y tengo el don de los ángeles, el amor. Tú sabes mucho y no sabes amar: eres un réprobo. ¡Adios!

Estas fueron las últimas palabras que escuché á aquella mujer.

V.

Amante, inconfeso y mártir, todo por obra y gracia exclusivamente mías, fui viviendo como pude y como supe, sin fé en el alma, sin luz en la inteligencia, sin paz en el corazón, renegando como Job de la vida y como Manrique de la muerte, hasta que años después de aquella inolvidable época, vino á parar á mis manos un álbum de poesías, en el que yo debía escribir una.

Perenne en mí la imagen querida de otras auroras, escribí estos versos, traduciendo un pensamiento que nunca me abandona:

Solo Dios es amor. Lejos del suelo
á Dios volando, la amaré en el cielo.

Y al revisar la página, atónito hube de leer en caracteres tan bellos como conocidos; este pareado:

Solo Dios es amor, me dijo un hombre;
en Dios le espero, al evocar su nombre.

Bendije mi martirio, cuando esta dulcísima esperanza inundó mi alma de divinos consuelos.

Ni venció la filosofía, ni el amor. Se hermanaron, mas por lo visto, no en la tierra, si en la gloria.

VI.

Letra por letra, he copiado la anterior historia de unos pliegos perdidos, libro de memorias deshecho, como se deshacen todos los recuerdos de la vida.

Ello no es cuento. Será muy raro y curioso, esto es, inverosímil; pero no por eso ménos cierto.

Para mayor abundamiento, yo mismo he visto el álbum susodicho, en el cual una mano misteriosa, después de coronar de mirtos (pintados, por supuesto) los versos de *él* y de *ella*, escribió á guisa de comentario otros versos de Enrique Heine, vertidos á la lengua de Castilla por Jaime Clark, que dicen así:

Ambos á dos se querían
sin quererlo confesar;
se miraban con enojos,
y entonces se amaban más.
Se separaron por fin,
solo víanse al soñar,
habían muerto los dos...
y lo ignoraban quizá.

T. VESTEIRO TORRES

EL ARTE.

¡Qué eres tú, sino Dios, arte divino!
Por tí brotaron de la nada un día
espacios, mundos, seres,
para cumplir absortos su destino:
del aliento vital, con alegría
sintió el orbe la ráfaga primera...
¡Por tí venciendo el tiempo y las edades
palpita y vive la creación entera!
¡Naciste y todo fué! Los altos bosques
el viento sacudió; la mar sombría
publicó su poder y el sol hirviendo
espléndido se alzó cual si ostentara
sello de eternidad sobre su frente.
Vibró en el aire un nombre:
del espíritu inmenso desprendida
el alma descendió y alzóse el hombre
en la vasta creación... naturaleza
levantó un himno, al borde de la nada,
y enmudeció después como agobiada
al peso abrumador de su grandeza.
El Sér pensó: su poderoso aliento
al arte le infundió, y á cuanto en torno
su rápida existencia rodeaba
encendió con su propio pensamiento
los misterios que el suelo le velaba,
sorprendió en lucha que al valor arredra,
dió á las rocas y al mármol sentimiento,
al bronce voz y un alma á cada piedra.
Quiso librar su nombre de la muerte,
y dentro de sí mismo, con asombros,
halló fuerzas bastantes
para alzar al impulso de sus hombros
las inmensas pirámides gigantes:
de allí volando á Grecia,
trazó después el estendido plano
del alto Partenon, y firme solio
que sustentar la tierra no podía
sobre escombros latentes de cien pueblos
Roma asentó soberbia el Capitolio:
y de edad en edad el génio humano

legando á lo futuro sus memorias,
abrió á los siglos con potente mano
libros de piedra en que escribió sus glorias
¡Oh humanidad! No libre y respetada
la fortuna te vió que en tu camino
los déspotas se alzaron,
y el cadalso y la hoguera ensangrentada
siglos de oprobio al mundo prepararon;
Mas, ¿qué importa? Sus frentes abatidas
al seno esconde de la nada yerta,
y aún presas del terror en sus sepulcros
la maldición del orbe los despierta.
La clara luz del genio, nunca esclava
quisieron apagar... ¡esfuerzos vanos!
Cada tumba entrecabierta arrojó lava
bastante á sepultar cien Heculanos!

En tanto el arte en su veloz carrera
desplegó su poder al duro bronce
dió los acentos de pasión a calma,
que forman misteriosos
ese lenguaje que comprende el alma.
subiendo hasta el espacio
robó sus rayos á la luz del día,
y la palabra cadenciosa y pura
se desbordó en torrentes de poesía:
En el mármol fijó la vestidura
que el aire mueve, y arrancó á la fosa
agitando el pincel leve y divino,
el rostro peregrino
y el palpitante seno de la hermosa:
que así por fuerza superior movido
el lienzo, roca ó voz el arte crea
y en lienzo ó roca, en mármol ó sonido
siempre es la humanidad, siempre la idea!
Por noble inspiración el pensamiento
arrebataado vá raudo girando,
como la arena que remueve el viento
del desierto en los ámbitos silbando.
Los rápidos instantes
en que el genio en el alma siente y mira
algo que deja para siempre escrito,
el invisible rayo que la quema,
¡son largas horas de ansiedad suprema,
son esfuerzos del hombre á lo infinito!
¡Lucha terrible! Vencedor un día
dió á los pueblos el arma poderosa
de la imprenta inmortal... Nuevo madero
que cual señal de redención gloriosa
tiende sus brazos sobre el mundo entero.
Y otra vez vencedor, rompiendo el dique
que á Europa contenía,
donde España triunfante no cabía,
en pos llevado de su afán ardiente,
del mar inmenso en las opacas brumas,
lanzóse á descubrir un continente
hijo tal vez del sol y las espumas.

¡Horas del porvenir, que en hondo sueño
á las puertas del mundo estais dormidas,
despertad á mi voz! ¡Decid vosotras
si es verdad lo que finge mi deseo!
En el olvido para siempre hundidas
la servidumbre vil, la guerra odiosa,
paz, arte y ciencia por do quiera veo:
sobre el inerte polvo

de cien y de otras cien generaciones
que huella la veloz locomotora,
hermanas ya se abrazan las naciones,
y envidiando del tiempo la fortuna.
en sus ruinas el pasado llora:
mares, pueblos y abismos
encierra la palabra voladora,
el rayo deteniendo en honda guerra...
¡Es ya la humanidad un hombre solo,
y una sola nación toda la tierra!
¡Oh momento feliz! El arte entonces
se elevará hasta Dios; pueda mi acento
sonar sin extinguirse, á los humanos
nuncio de libertad, nuncio de muerte
y eterna maldición á los tiranos.
Sublime el genio tenderá las alas
cual fénix inmortal, y el orbe todo
conservará en el arte su memoria
que lance al tiempo con asombro mudo...
¡Tuyo es el lauro de tan alta gloria,
feliz posteridad, yo te saludo!

CÁRLOS PEÑARANDA.

DE LARGO.

Hé ahí dos palabras que en sí nada significan, que acaso ningún efecto han de producir en el ánimo del que leyere, y sin embargo...

¡Ven ustedes ese corro de niñas bulliciosas que pisan con pié breve la arena del paseo, que olvidan el mal gusto de una madre entregándose con regocijo á sus juegos infantiles? Véanlas ustedes con qué soltura saltan y hacen dar vueltas á la cuerda, con qué destreza se devuelven la pelota, con qué gracia juegan á los novios ó *al alimon*...

Acerquémonos callandito á esos capullos, á esos seres, tesoros verdaderos de candor, hasta cierto punto, elijamos entre ellas una, la más bulliciosa y murmuraremos lisonjeramente á su oído estas palabras:

—De largo.

Observen ustedes ahora el efecto que produce en ella la frase mágica; sus manos se desprenden de la cuerda que há poco con brío sostenían; sus pies no aciertan á saltar el aro, ni sus ojos ven venir, rápidos como otras veces, la elástica pelota; empero su mirada queda pendiente de nuestros lábios, un ligero carmin, que así podría recordarnos el rubor como la alegría, colora y embellece su semblante.

¿En qué consiste ese cambio, en qué esa transformación visible del lirio en amapola?

El secreto es por demás sencillo: todo estriba en la idea seductora de llevar la niña unos palmos más de muselina en su vestido ahora corto.

¡Singular metamorfosis la de la mujer... véanla ustedes vestida de corto y es un ángel; añadan ustedes á su vestido la cola y ya el querube es un demonio!...

Como no puede negarse la eficacia de la Revalenta árabe, delirio sería desconocer la importancia de un

vestido largo, porque vestir de largo á una niña es importante, necesario, hasta solemne; viene á ser como un seminarista cuando toma las sagradas órdenes, como la profesion religiosa, como el colegial á quien llaman por vez primera bachiller.

¿Qué es una niña con vestido corto? Es un cero á la izquierda, ilusion, viento, nada, polvo leve, una beladad en miniatura con el vestido hasta media pierna, es algo semejante al mozo imberbe de quien nadie hace caso.

Pero cuando la niña va de largo, ya es este otro cantar; entonces ya la miran los ojos que antes la desdenaban; ya tiene ella derecho á criticar los defectos de tal ó cual amante; ya no se titula mocosa ó bachillera si echa su cuarto á espadas en la controversia por personas mayores suscitada; ya, flor abierta al rayo de la aurora, mira posarse en ella mosquitos y abejorros; ya puede hablar de modas y lo que es más aún; ya puede bailar y saltar cuando el danzante no sea de su devoción, esta frase vulgar y epigramática.

—Estoy comprometida.

Ellas ya desde edad muy tierna saben todo esto, y las oirán ustedes hablar á sus muñecas como lo harían con sus hijas; las verán ustedes con sombrero y *polisson* en Carnaval, remedando en lo posible ademanes y gestos de *mamá*: las oirán ustedes conversaciones impropias de su edad, porque si bien no lo parece, son muy precoces las niñas de ahora.

Pero á medida que van soltando el vuelo, á medida que su vestido se alarga y su inocencia se acorta, no las verán ustedes ya jugar á la pelota, sino á los corazones, que como pelotas chocan y se aplastan contra el muro endemoniado de un alma casquivana. Ya el *alimon* no es *alimon* sino *arroz con leche*, ya el candor no es candor sino perfidia; ya la muñeca es un muñeco á quien hacen iguales cocos, pero de veras.

¡Ay, niña ó mujer, sér desdichado y vario, con sobrada razon las compadezco!...

Ellas, al cambiar de forma, al ceñir á su cuerpo la gallarda cola, comprenden sus derechos pero nunca sus deberes; calculan las ventajas más no los inconvenientes; aman por vanidad, se casan por horror al celibato y el hombre perece mártir á sus piés.

Yo de mí sé decir, que cuando el sastre me vistió de largo, cuando estrené la primera levita y el primer sombrero de copa alta, léjos de alegrarme me entristecí sin saber por qué, presintiendo acaso el bien que con la infancia se alejaba, corrí más de una vez á hurtadillas de la gente á ceñir mi querida americana, á colocar en mi cabeza la adorada gorra.

Mas ellas lo comprenden de otro modo, ellas al acercarse el venturoso día, preguntan con su dulce vocecita:

—Mamá ¿cuándo me pondrás de largo?...

JUAN TOMÁS SALVANY.

LOS CELOS.

SONETO.

Mirar el alma henchida en el desprecio
hacia el sér que en el alma va grabado;
suponerle despues un desgraciado
digno de compasion, sino de aprecio;
imaginar que es débil, sabio ó necio;
sentir el pensamiento estraviado
al verle de nosotros alejado,
la fé del corazon poniendo á precio;
no encontrar el descanso para nada
y hasta en sueño soñar con amargura,
arrastrar la existencia desgarrada
entre sombras de horrible desventura;
y no teniendo un alma levantada
los celos son la muerte, ó la locura.

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

Taunara, junio, 1875.

EN UN ABANICO.

Si fuera el aire, no iria
al ventisquero á silbar,
ni en dulce melancolía
mis penas le contaria
á las olas de la mar.

Tan solo en mi afán buscara
de aroma y músicas rico,
el espacio que separa
los hechizos de tu cara
del fondo de tu abanico.

ANTONIO F. GRILLO.

En el número 25 de un periódico semanal de esta corte, cuyo nombre tiene algo de *feo*, insertan una ridícula censura contra el artículo que publicamos con el título de *No hay niños*.

No nos detendremos en demostrar si el citado artículo es bueno ó malo, porque indudablemente ni el Sr. Mario ni nosotros podemos hacerlo, debiendo respetar la firma de un escritor, tan merecidamente acreditada, para no exponernos á que nos recuerden aquella célebre cuarteta de

Pobre Geroncio á mi ver
tu locura es singular,
¿quién te mete á censurar
lo que no sabes hacer?

Lo que deseamos es preguntar á nuestros lectores si han encontrado chistoso el suelto, porque nosotros hemos tenido la desgracia de no apreciarlo.

No nos ha sucedido lo propio con la denominacion que da á nuestra publicacion de *cuasi literaria* el *cuasi es oportuno*, y demuestra la gracia *fina y punzante* del Sr. Mario.

No es la primera vez que este nos dirige algunas chanzas de mal género, á las que no nos hemos tomado siquiera el trabajo de contestar.

Vamos, Sr. Mario, bien se conoce que escribe usted en *El Solfeo*, porque todo lo que dice usted es música.

ESPECTÁCULOS.

En el último concierto del jardín del Buen Retiro, se interpretaron perfectamente nueve piezas musicales, bajo la acertada direccion del Sr. D. José Jimenez, arrancando nutridos aplausos del público *Le Sermeu*, overtura de *Auber*, *El carnaval de Venecia* de Thomas y *La gran polonesa de Madrid*.

El día 21 del presente se celebró en el circo de Price una excelente funcion á beneficio del acreditado gimnasta Sr. Cañadas. Los ejercicios fueron escogidos; el beneficiado trabajó en la barra alta, en el trapecio y en las anillas, y el Sr. Sanchez presentó un caballo del señor duque de Sexto amaestrado á la alta escuela.

El lunes pasado fuimos invitados á la corrida de toreros que se celebra todas las semanas en los Campos Elíseos.

El primer torete mató un caballo, anduvo reacio para que le pusieran banderillas, y se encargó de darle la muerte Gabriel Lopez, que lo efectuó de una estocada uu poco baja, pero buena.

El segundo aguantó bien las varas de *Badila*, intrépido picador que recibió merecidos aplausos y le mató Villaverde.

El tercero, despues de recibir bien el castigo de varas y banderillas, le hizo morder el polvo Gabriel de una estocada muy buena.

El ultimo torete, rezagado y cobarde, hubo que ponerle dos pares de bandarillas de fuego, y el pueblo que se arrojó á la plaza se encargó de quitarle la vida.

Esto es un espectáculo repugnante que la empresa no debiera tolerar de ninguna manera.

TEATRO Y CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO. Noches pasadas tuvimos el gusto de asistir á la zarzuela de gran espectáculo, que con el nombre de *La vuelta al mundo* llama tan justamente la atencion del público.

La música, del Sr. Barbieri, es una música preciosa y verdaderamente española; las decoraciones magnificas, habiendo llamado principalmente nuestra aten-

cion la de la Habana, la de la India y la del viaducto de la calle de Segovia.

Toda la obra respira lujo, pero las numerosas entradas que tiene el teatro diariamente, hacen creer que el Sr. Arderius realizará sus aspiraciones á pesar de los muchos sacrificios que ha tenido que hacer.

Entre todos los teatros que se abrirán al público en próximo invierno, indudablemente el que reúne mejores condiciones de sostenimiento es el de Apolo. Sabemos que el Sr. Vico tiene en su poder un numeroso repertorio de excelentes obras, entre las que se pueden citar dos del Sr. Echegaray, una del Sr. Ayala, otra del Sr. García Gutierrez y un drama que con el título de *Milton* han escrito los Sres, Perez, Echevarría y Santibañez.

No dudamos que con estas obras, la excelente compañía que ha contratado y el lujo de las decoraciones y de la parte indumentaria que han preparado hasta para las comparsas. El Sr. Vico recojerá el justo premio de sus afanes.

CHARADA.

Es cosa que causa grima
mi prima;
nuestra religion se funda
en segunda;
toma en el café cualquiera
tercera,
Aunque callarme debiera
diré por galanteria
que es mueble de abogacia
prima, segunda y tercera.

MORAN

FUGAS DE CONSONANTES.

a.ó .io. á .o. .o.a.e.
á e.e .i.e.a.e .ue.o
.a. .ue .a. .a.i.a. .ui.o
.e .o.e.i. .a. .a.e.o

i .o.a.o. e.e.o
.ie.a .o. .e.e
au.u. .o .e.e.i.o
.a.a .ue.e.e

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

COMEDIA.

POR QUIROS IMPRESOR.—ÁDADES, 10.